

sino que es además un infame—dijo la señora Gransón.— Cuando se ha causado perjuicio á un tercero, ¿no es necesario indemnizarle? Más bien que á nosotras, le tocaba á él socorrer á esa muchacha que, después de todo, me parece una mala ficha, toda vez que tenía en Alençon hombres á quienes amar mucho mejores que ese cínico Bousquier. Es necesario ser muy libertina para haberse entregado á él.

—¡Cínico! Querida mía, su hijo de usted le enseña palabras latinas que son incomprensibles. No es que yo quiero excusar al señor Bousquier; pero ¿podría usted explicarme porqué es libertina una mujer prefiriendo un hombre á otra?

—Querida prima, si usted se casase con mi hijo Atanasio la cosa sería natural, porque es guapo, joven, de porvenir, será la gloria de Alençon. Únicamente que todo el mundo creería que usted había aceptado á un hombre tan joven para ser muy feliz; las malas lenguas dirían que hacía usted provisión de dicha para no carecer de ella nunca, y habría mujeres celosas que la acusarían á usted de depravación, pero, ¿qué importa eso? la cuestión es que usted se vea amada muy de veras. Si Atanasio le parece á usted idiota, querida mía, es porque tiene demasiadas ideas; está como una niña de quince años, no se ha depravado con las impurezas de París, y los extremos se tocan. Pues bien; cambie usted los términos, como decía mi pobre marido, y vea usted que lo mismo le ocurre á Bousquier con respecto á Susana. Sólo que usted será calumniada, mientras que en la cuestión de Bousquier todo es verdad, ¿comprende usted?

—Como si me hablasen en griego—dijo la señorita Cormón, que abrió enormemente los ojos y que ponía en tensión todas las fuerzas de su inteligencia.

—Pues bien, prima, ya que hay que poner los puntos sobre las íes, le diré que Susana no puede querer á Bousquier, y si el corazón no entra para nada en este asunto.

—Pero, diga usted, prima, ¿con qué se ama sino con el corazón?

Al oír esto, la señora Gransón se dijo para sus adentros como se había dicho el señor de Valois:—Esta pobre prima mía es demasiado inocente.

—Hija mía—repuso en voz alta,—me parece que los hijos no se conciben únicamente con el espíritu.

—¿Cómo que no, querida mía? ¿y la Virgen santísima?

—¡Oh! pero Bousquier no es el Espíritu Santo.

—Es verdad—respondió la solterona,—es un hombre, y un hombre que por sus modales me parece bastante peligroso para que sus amigos le inclinen á casarse.

—Prima, usted puede lograr ese resultado.

—¿Cómo?—dijo la solterona con todo el entusiasmo de la caridad cristiana.

—No recibiéndole más hasta que haya tomado mujer. Las buenas costumbres y la religión le obligan á usted á manifestar en esta circunstancia una ejemplar reprobación.

—A mi vuelta de Prebaudet hablaremos de eso, mi querida señora Gransón, y consultaré á mi tío y al abate Couturier—dijo Rosa entrando en el salón, que en aquel momento se hallaba en el más alto grado de animación.

Las luces, los grupos de mujeres bien vestidas y el aire magistral de aquella asamblea contribuían á que la señorita Cormón se mostrase más orgullosa de su sociedad que de su aspecto aristocrático. Según muchas gentes, ni en París se veía una reunión más distinguida.

En este momento, Bousquier, que jugaba al *whist* con el señor de Valois y con las ancianas señoras de Couderai y de Ronceret, era objeto de una curiosidad sorda. Algunas jóvenes, so pretexto de verle jugar, le miraban de una manera tan extraña, aunque á hurtadillas, que el solterón acabó por creer que había tenido algún descuido al arreglarse.

—¿Tendré al revés el bisoné?—se dijo experimentando una de esas inquietudes capitales á que están sometidos los solterones.

Y aprovechando una mala jugada que hizo al terminar un juego, dejó la mesa diciendo:

—Vaya, hoy tengo muy mala suerte y no puedo tocar una carta sin perder.

—Pero en cambio es usted afortunado en otra parte—le dijo el caballero, dirigiéndole una maliciosa mirada.

Como es natural, esta frase recorrió todo el salón, donde se comentó el tono malicioso del caballero, que era el príncipe Talleyrand del país.

—El señor de Valois se pinta solo para buscar esas frases—dijo la sobrina del cura de San Leonardo.

Bousquier fué á mirarse en el espejito oblongo que había sobre el reloj y no se vió nada de extraordinario. Después de innumerables repeticiones del mismo texto, á eso de las diez empezó á operarse la retirada. Los grupos se iban unos



hacia la calle de Breña y los otros hacia el barrio del Sarthe, y entonces comenzaban los mismos dichos que hacía veinte años que se repetían inevitablemente á aquella hora y por aquellas calles.

—La señorita Cormón estaba bien esta noche.

—A la señorita Cormón la he encontrado muy extraña.

—¿Cómo pierde terreno su pobre cura! ¿Han visto ustedes como duerme? Se distrae de tal modo, que á veces ni sabe dónde tiene las cartas.

—Me parece que tendremos la pena de perderle.

—La noche está hermosa y mañana tendremos buen día.

—Buen tiempo para que los manzanos florezcan.

—Hoy nos ha ganado usted, pero cuando juega con el señor de Valois no le pasa lo mismo.

—¿Cuánto ha ganado él hoy?

—Esta noche ha ganado tres ó cuatro francos. No pierde nunca.

—¿Saben ustedes que el año tiene trescientos sesenta y cinco días y que á ese paso el juego le da tanto como una quinta?

—¡Ah! ¡qué jugadas ha habido esta noche!

—¿Qué suerte tienen ustedes, amigos míos, que ya están en su casa, mientras que nosotros tenemos que andar otros tanto!

—No les compadezco, porque podrían ustedes tener coche y evitarse venir á pie.

—¡Ah! amigo mío, tenemos una hija casadera y un hijo en París que nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Sigue estudiando para magistrado?

—¿Qué quiere usted que haga? ¡Está tan mala la carrera de las armas!...

A veces, una discusión sobre las sidras ó sobre los linos planteada siempre en los mismos términos y en las mismas épocas, se continuaba por el camino. Si algún observador del corazón humano hubiese vivido en aquella calle, habría sabido siempre en qué mes estaba, oyendo aquella conversación. Pero en estos momentos la charla fué exclusivamente picaresca, pues Bousquier, que iba solo delante de los grupos, tarareaba sin sospechar siquiera su oportunidad la famosa canción de: *Me gustan todas*, etc. Para unos, Bousquier era un hombre que valía mucho y que había sido mal juzgado, desde que había sido confirmado en su puesto por una nueva

institución real, el presidente Ronceret se inclinaba hacia él. Para otros, el proveedor era un hombre peligroso, de malas costumbres y capaz de todo. Lo mismo en provincias que en París, los hombres que logran sobresalir un poco se parecen á aquella estatua de la hermosa fábula alegórica de Addison, según la cual dos caballeros se baten llegando cada uno por su lado á la encrucijada donde aquélla se levanta; el uno dice que es blanca y el otro sostiene que es negra, y cuando al estar los dos en tierra la ven blanca por la derecha y negra por la izquierda, se presenta un tercer caballero á auxiliáreles y afirma que es roja.

Al entrar en su casa, el caballero de Valois se decía:—Ya es hora de hacer correr mi matrimonio con la señorita Cormón. La noticia saldrá del salón de la señorita de Gordes, irá directamente á Seez, á casa del obispo, pasará por mediación de los grandes vicarios á casa del cura de San Leonardo y éste no dejará de decírselo al cura Couturier. El anciano marqués de Gordes invitará al abate Sponde á comer, á fin de destruir un rumor que podría perjudicar á la señorita Cormón si yo me pronunciase contra él, y á mí si ella me rechazase. El cura tragará el anzuelo, y después la señorita Cormón no podrá negarse á una visita de la señorita de Gordes, la cual le demostrará la conveniencia y porvenir de esta alianza. La herencia del cura vale más de cien mil escudos, las economías de la muchacha deben ascender á más de doscientos mil francos, además de su palacio, la quinta de Prebaudet y quince mil francos de renta. Con una palabra á mi amigo el conde de la Fontaine seré alcalde de Alençon y diputado, y luego, una vez sentado en los bancos de la derecha, llegaremos á la dignidad de par, gritando: «¡Orden, ó despejo la sala!»

Al llegar á su casa, la señora Gransón tuvo una larga explicación con su hijo, el cual no quiso comprender la relación que existía entre sus opiniones y sus amores. Esta fué la primera disputa que turbó la armonía de aquel pobre hogar.

Al día siguiente, á las nueve, la señorita Cormón, destacándose como una pirámide en medio de los paquetes que cubrían su carroza, subía la calle de San Blas para trasladarse á Prebaudet, donde debía sorprenderla el acontecimiento que precipitó su casamiento y que no podía ser previsto por la señora Gransón, ni por Bousquier, ni por el



señor de Valois, ni por la propia señorita Cormón. La casualidad es el mejor de los artistas.

Al día siguiente de llegar á Prebaudet, la señorita Cormón estaba ocupada á eso de las ocho de la mañana en escuchar sucintamente, mientras almorzaba, los relatos de su guarda y de su jardinero, cuando Jacobito hizo una impetuosa entrada en el comedor.

—¡Señorita!—le dijo muy asustado—su tío de usted envía como propio al hijo de la señora Grosmort con una carta. El muchacho ha salido de Alençon, antes de amanecer, y ya lo tenemos aquí. ¡Ha corrido tanto como Pénélope! ¿Le doy un vaso de vino?

—¿Qué habrá podido ocurrir, Petra? ¿Le habrá pasado algo á mi tío?

—No escribiría—dijo la camarera adivinando los temores de su ama.

—¡Pronto, pronto!—exclamó la señorita Cormón después de haber leído las primeras líneas.—¡Jacobito, engancha á Pénélope! Hija mía, arréglate en seguida, para tenerlo parado todo dentro de media hora. Nos volvemos al pueblo.

—¡Jacobito!—gritó Petra movida por el sentimiento que expresó el rostro de la señorita Cormón.

Jacobito, instruido por Petra, se presentó diciendo:

—Pero, señorita, ¿no esperamos á que Pénélope coma el pienso?

—Déjate ahora de piensos. Es preciso marchar al instante.

—Es que va á llover, señorita.

—Nos mojaremos.

—Algo gordo ocurre—dijo Petra entre dientes, picada del silencio que guardaba su ama mientras leía y releía la carta.

—Pero ¿cómo puede usted al menos de tomar el café! ¿no vaya á ser que se ponga enferma! Mire usted qué roja está.

—¿Estoy roja, Petra?—dijo la solterona yendo á mirarse á un espejo cuyo azogue se había caído en algunos sitios y que le ofreció la imagen de sus facciones doblemente desencajadas.—¡Dios mío!—pensó la señorita Cormón—¿si fuese ahora á ponerme fea! Vamos, Petra, vamos, hija mía, vísteme, quiero estar lista antes de que Jacobito haya enganchado á Pénélope. Si no tienes tiempo de embalar los juguetes, los dejaremos aquí antes que perder un minuto.

Si hubieseis adivinado hasta qué punto había llegado en la solterona el deseo de casarse, comprenderíais su emoción. El digno tío anunciaba á su sobrina que el señor de Troisville, antiguo militar al servicio de Rusia y nieto de uno de sus mejores amigos, deseaba retirarse á Alençon y le pedía hospitalidad, apoyándose en la amistad que el cura tenía con su abuelo, el vizconde de Troisville, almirante en tiempo de Luis XV. El antiguo vicario general rogaba encarecidamente á su sobrina que volviese en seguida para ayudarle á recibir á su huésped y hacerle los honores de la casa, pues la carta había sufrido algún retraso y el señor de Troisville podía llegar de un momento á otro. Ante la lectura de la misiva de su tío, ¿podía la solterona preocuparse de los cuidados que exigía Prebaudet? En aquel momento, el guarda y el casero, testigos de la precipitación de su ama, se mantenían de pie esperando sus órdenes, y cuando quisieron detenerla un momento, á fin de recibir instrucciones, la señorita Cormón, la despótica solterona que lo escudriñaba todo en Prebaudet y que quería que todo pasase por sus manos, les contestó por la primera vez en su vida con un, *como ustedes quieran*, que les llenó de estupefacción, pues su ama llevaba sus cuidados administrativos hasta el punto de contar los frutos y clasificarlos, á fin de dirigir el consumo según el número de cada especie.

—Creo estar soñando—dijo Petra al ver á su ama volar por las escaleras cual un elefante al que Dios hubiera prestado alas.

No obstante una lluvia torrencial, la señorita no tardó en salir de Prebaudet dejando á sus criados llenos de asombro. Jacobito no se atrevió á sacar por su cuenta de su trote habitual á la apacible Pénélope, la cual, semejante á la hermosa reina cuyo nombre llevaba, parecía dar tantos pasos adelante como atrás. Al observar esto, la señorita ordenó á Jacobito con voz agria que hiciese galopar á latigazos si era necesario á la pobre yegua, pues temía no poder arreglar convenientemente la casa para recibir al señor de Troisville. Rosa calculaba que el nieto de un amigo de su tío podría tener á lo sumo cuarenta años, que siendo militar debía estar necesariamente soltero, y, por consiguiente, la soltera, con la ayuda de su tío, se prometía no dejar salir de su casa al señor de Troisville en



el mismo estado en que entrase. Penélope galopaba: la solterona, soñando ya con la primera noche de boda, dijo varias veces á Jacobo que arrease; se movía en la carroza sin responder á las preguntas de Petra y hablaba sola como persona que madura grandes planes. Por fin, la calesa llegó á la calle mayor de Alençon que se llama de san Blas, entrando por la parte de Mortagne. Si la partida de la señorita Cormón hacía gran ruido en Alençon, cualquiera puede imaginarse los comentarios á que debió dar lugar su vuelta al día siguiente de su instalación en Prebault y con una lluvia torrencial que le castigaba el rostro sin que ella pareciese preocuparse de ello. Todo el mundo observó el extremado galope de Penélope, el aire taimado de Jacobo, lo matutino de la hora, los paquetes colocados sin orden ni concierto, y, por fin, la conversación animada de Petra y de la señorita Cormón, y, sobre todo, su impaciencia. Los bienes de la casa Troisville estaban situados entre Alençon y Mortagne, y Petra conocía las diversas ramas de la familia Troisville. Una palabra dicha por la señorita al llegar á la entrada de Alençon había puesto á Petra al corriente de la aventura, y, entablada la conversación entre las dos, había quedado sentado que el Troisville esperado debía ser un noble de cuarenta á cuarenta y dos años de edad, soltero y ni rico ni pobre. La señorita Cormón se veía ya vizcondesa de Troisville.

—¡Y mi tío que no me dice nada, que no sabe nada y que no se informa de nada! ¡Oh! qué manera de ser tiene. Sería capaz de olvidarse la nariz, si no la llevase pegada á la cara.

¿No habéis observado que las solteronas se convierten, como Ricardo III, en ciertas circunstancias, ocurrentes, feroces y atrevidas, y que, cual estudiantes borrachos, no respetan nada? Sabedora en un momento la villa de Alençon de esta vuelta precipitada, acompañada de graves circunstancias, quedó perturbada en todas sus vísceras públicas y domésticas. Las cocineras, los tenderos y los transeuntes se comunicaron esta nueva, la cual, ascendiendo después á las regiones superiores, no tardó en originar el que las siguientes palabras estallaran como una bomba en todas las casas:

—¡La señorita Cormón ha vuelto!

Al mismo tiempo, Jacobo abandonaba el banco de madera

pulida por un procedimiento que ignoran hoy los ebanistas, banco que ocupaba la delantera de la calesa, y abría él mismo la gran puerta verde ovalada por arriba y cerrada en señal de duelo, pues mientras duraba la ausencia de la señorita Cormón, las reuniones cesaban, y sólo los más fieles concurrentes iban por turno á hacer compañía al abate Sponde. El señor de Valois pagaba su deuda invitándole á comer á casa del marqués de Gordes. Jacobo llamó familiarmente á Penélope, que se había quedado en medio de la calle, y el animal, que se había acostumbrado á este manejo, tomó la puerta, penetró en el patio cuidando no estropear las flores y después Jacobo lo tomó por la brida y lo detuvo delante de la escalinata exterior.

—¡Marieta!—gritó la señorita Cormón.

Pero Marieta estaba ocupada en cerrar la puerta grande.

—¿Señorita?

—¿No ha venido ese señor?

—No, señorita.

—¿Y mi tío?

—Está en la iglesia, señorita.

Jacobo y Petra estaban en este momento en el primer pedano de la escalinata, y tendían los brazos para ayudar á bajar á su ama, la cual se izaba á sí propia agarrándose á las cortinas. La señorita se arrojó en sus brazos, pues hacía dos años que no quería arriesgarse á servirse del estribo de hierro, y cuando estuvo en lo alto de la escalinata, contempló su patio con aire de satisfacción y dijo:

—Vamos, vamos, Marieta, deje usted la puerta y venga.

—¡La cosa está que arde!—dijo Jacobo á Marieta cuando la cocinera paró cerca de la calesa.

—Vamos á ver, hija mía, ¿qué provisiones tienes?—dijo la señorita Cormón sentándose en la banqueta de la antesala como persona reventada de cansancio.

—Ninguna—dijo Marieta poniendo los brazos en jarras. —La señorita ya sabe que durante su ausencia el señor cura come siempre fuera; ayer fui á buscarle á casa de la señorita Armada.

—¿Y dónde está ahora?

—En la iglesia, y no volverá hasta las tres.

—Mi tío no piensa en nada.—¿No podía haberte mandado al mercado? Mira, Marieta, vete ahora, y sin tirar el dinero, no ahorres nada y compra lo mejor y lo más delicado que



haya. Vete, además, á la administración de coches á ver qué medio habría de procurarse pasteles, y compra cangrejos del Brillante. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—¡Dios mío! Marieta, no pierdas el tiempo en charlar, porque la persona que espera mi tío puede venir de un momento á otro, y si tuviéramos que darle de almorzar, nos veríamos en un apuro.

Marieta se volvió hacia Penélope, que estaba bañada en sudor, y miró á Jacobo de una manera que quería decir:

—¡Esta vez sí que caza la señorita un marido!

—Josefa—repuso la solterona,—ahora entre las dos tenemos que ver de preparar el dormitorio para el señor de Troisville.

¡Con qué dicha fué pronunciada esta frase: *Preparar dormitorio para el señor de Troisville!* ¡Cuántas ideas había en estas palabras! La solterona estaba inundada de esperanzas.

—¿Quiere usted acostarle en el cuarto verde?

—En el de monseñor el obispo; no, porque está demasiado cerca del mío—dijo la señorita Cormón.—Eso era bueno para monseñor, que era un santo varón.

—Déle usted la habitación de su tío.

—Está tan desnuda, que resultaría indecente.

—¡Caramba! señorita, haga usted colocar en un momento una cama en su gabinete, que tiene chimenea. Seguramente que Moreau tendrá en su almacén alguna cama que sea poco más ó menos semejante á la tela con que está tendido el cuarto.

—¡Tienes razón, Josefa! Mira, corre á casa de Moreau, y yo te autorizo para que consultes con él acerca de lo que sea necesario hacer. Si la cama (¡la cama del señor de Troisville!) puede ser traída esta noche sin que el señor de Troisville se aperciba de ello, en el caso de que llegase mientras Moreau estuviese aquí, díle que lo haga. Si Moreau no se compromete, colocará al señor de Troisville en el cuarto verde, sin embargo de estar tan cerca del mío.

Ya se marchaba Josefa, cuando su ama la llamó y le gritó con voz formidable y llena de espanto:

—Explicáselo todo á Jacobo y que vaya él mismo á casa de Moreau. ¡Y mi tocado! ¡Estaría bueno que el señor de Troisville me sorprendiese así sin tener aquí á mi tío para que lo recibiese! ¡Oh, tío, tío! Ven, vas á vestirme.

—¿Y Penélope?—dijo imprudentemente Josefa.

Los ojos de la señorita Cormón despidieron llamas por la primera vez en su vida.

—¡Siempre Penélope! ¡Penélope por aquí! ¡Penélope por allá! ¿Es acaso Penélope el amo?

—Pero si está bañada en sudor y no ha comido el pienso.

—¡Eh! ¡que reviente!—exclamó la señorita Cormón,—pero que yo no deje de casarme—pensó para sus adentros.

Al oír aquella exclamación, que le pareció un homicidio, Josefa quedó un momento parada, y después, á un gesto de su ama, subió apresuradamente la escalinata, aunque no sin decirle en voz baja á Jacobo:

—Jacobo, la señorita tiene el diablo en el cuerpo.

De esta suerte, todo estuvo de acuerdo durante aquel día para preparar el gran golpe teatral que decidió de la vida de la señorita Cormón. La villa estaba ya preocupada á causa de cinco circunstancias agravantes que acompañaban la súbita vuelta de la señorita Cormón, á saber: la lluvia torrencial, el galope de Penélope, sudorosa y jadeante, la hora matutina, los paquetes en desorden y el aire singular de la solterona. Pero cuando Marieta hizo su invasión en el mercado para llevárselo todo, y cuando Jacobo se presentó en casa del tapicero principal de Alençon, situada á dos pasos de la iglesia, para comprar una cama, estos dos hechos dieron materia para las más graves conjeturas. Esta extraña aventura se discutió en las calles y en los paseos, y ocupó á todo el mundo, hasta á la señorita Armanda, en cuya casa se encontraba entonces el caballero de Valois. Dos días después de ocurrir esto, la villa de Alençon estaba agitada por acontecimientos tan capitales que algunas mujeres decían:

—Pero ¿ha llegado el fin del mundo?

Esta última exclamación se resumió en todas las casas por esta frase:

—Pero ¿qué ocurre en casa de los Cormón?

El abate Sponde, interrogado con astucia cuando salió de San Leonardo para ir á dar un paseo con el abate Couturier, respondió bonachonamente que esperaba al vizconde de Troisville, hidalgo que estuvo al servicio de Rusia durante la emigración y que volvía á vivir á Alençon. De dos á cinco de la tarde, una especie de telegrama labial corrió por toda la villa y comunicó á todos los habitantes que la señorita Cormón había encontrado al fin un marido por correspon-



dencia y que iba á casarse con el señor de Troisville. Aquí se decía que Moreau había hecho ya la cama; allí que la cama tenía seis pies; en la calle de Bercail, en casa de la señora Gransón, la cama tenía cuatro pies, y en casa de Ronceret, donde comía Bousquier, la cama no tenía nada de particular. El vecindario pobre pretendía que el tal mueble había costado mil cien francos, mas allá se aseguraba que el pescado había encarecido cuando Marieta había entrado en el mercado para llevárselo todo. En lo alto de la calle de San Blas, decíase que Penélope había debido reventar; esta muerte se ponía en duda en casa del recaudador general, y en cambio en la prefectura se daba por seguro que con tanta prisa se había abalanzado la solterona sobre su presa, que el animal había expirado al llegar á la puerta del palacio Cormón. El guarnicionero que vivía en la esquina de la calle de Seez, fué bastante atrevido para ir á preguntar si había ocurrido algo en el coche de la señorita Cormón, á fin de saber si Penélope había muerto. Desde lo alto de la calle de San Blas hasta el extremo de la calle de Rocail se supo que, gracias á los cuidados de Jacobo, Penélope, aquella silenciosa víctima de la intemperancia de su ama, vivía aún, pero que parecía estar enferma. En toda la calle de Bretaña, el vizconde de Troisville pasaba por ser un cadete sin un céntimo, toda vez que los bienes de la familia pertenecían al marqués de Troisville, par de Francia que tenía dos hijos, y aquel matrimonio era una suerte para el pobre emigrado, al par que éste era también una fortuna para la señorita Cormón. La aristocracia de la calle de Bretaña aprobaba este matrimonio, afirmando que nunca había podido emplear mejor su fortuna la solterona; pero para los burgueses el vizconde de Troisville era un general ruso que había combatido contra Francia, que traía una gran fortuna ganada en la corte de San Petesburgo, y era considerado, por lo tanto, como *extranjero*, como uno de los aliados que tanto odiaban los liberales. El abate Sponde había arreglado hipócritamente aquel casamiento, y todas las personas que tenían derecho á entrar en la casa de la señorita Cormón como en la suya propia, se prometieron ir á verla aquella misma noche. Mientras duraba esta agitación, que hizo olvidar casi á Susana, la señorita Cormón no estaba menos agitada y experimentaba emociones completamente nuevas. Contemplando su salón, su gabinete y su comedor, sintió una aprensión cruel, y una especie de demonio

le hizo ver ridículo aquel lujo antiguo; las cosas más hermosas que ella admiraba desde su infancia fueron tildadas y acusadas de vejez. Por fin, sintió ese temor que se apodera de casi todos los autores en el momento en que leen una obra, que ellos creen perfecta, á un criterio exigente ó insensible: las frases mejor trabajadas y más ocurrentes parecen entonces vulgares y triviales; las imágenes resultan forzadas y las faltas saltan á la vista. Asimismo, la pobre Rosa temblaba ante la idea de ver en los labios del señor de Troisville una sonrisa de desprecio por aquel salón de obispo, temió verle dirigir una mirada fría á aquel antiguo comedor, y finalmente sintió espanto ante la perspectiva de que el marco envejeciese el cuadro. ¿Y si aquellas antigüedades comunicasen á su persona algún reflejo de vejez? Esta pregunta que ella se hizo le puso carne de gallina, y en aquel momento hubiera dado la cuarta parte de sus economías por poder restaurar su casa en un instante como por encanto. ¿Quién es el fatuo general que no ha temblado, la vispera de una batalla? La pobre soltera se encontraba entre un Austerlitz y un Waterloo.—Señora vizcondesa de Troisville. ¡Qué hermoso nombre!—se decía.—Así, al menos mis bienes irían á parar á una buena casa.

La solterona era presa de una excitación tal, que hacía estremecer á sus nervios, ahogados hacía ya tiempo por su gordura. Toda su sangre, agitada por la esperanza, estaba en movimiento, y Rosa se sentía con fuerzas para conversar, si era necesario, con el señor de Troisville. Creemos inútil hablar aquí de la actividad con que funcionaron Marieta, Josefa, Jacobo, Moreau y sus dependientes; baste decir que trabajaron todos como hormigas, y que todo fué repasado, cepillado, barrido y frotado. La porcelana de las grandes ceremonias vió la luz del día, y las ropas adamascadas, numeradas y marcadas fueron sacadas de las profundidades donde yacían bajo una triple guarda de envolturas defendidas por formidables líneas de alfileres. Los anaqueles más preciosos de la biblioteca fueron interrogados, y por fin la señorita sacrificó tres botellas de los famosos licores de la señora Amphoux, que es la más ilustre de las destiladoras de Ultramar, mis queridos aficionados. Gracias á la abnegación de sus lugartenientes, la señorita pudo estar preparada para el combate. Las diferentes armas, los muebles, la artillería de cocina, las baterías de repostería, los víveres, las



municiones y los cuerpos de reserva estuvieron dispuestos en toda la línea. Jacobo, Marieta y Josefa, recibieron la orden de vestirse de gala. El jardín fué rastrillado, y la solterona sintió no poder entenderse con los ruiseñores anidados en sus árboles para obtener de ellos sus más hermosos trinos. Por fin á eso de las cuatro, en el mismo momento en que el abate Sponde volvía á su casa y en que la solterona creía haber preparado el cubierto más bonito y la comida más deliciosa, se oyó en el Val-Noble los chasquidos de un postillón.

—¡Es él!—se dijo Rosa sintiendo resonar en su corazón aquellos chasquidos.

En efecto, anunciado ya por tantos comentarios, un cierto cabriolé ocupado por un señor solo había causado tan gran sensación al bajar por la calle de San Blas, que algunos chiquillos y personas mayores le habían seguido y permanecían agrupados en torno de la puerta del palacio Cormón para verle entrar. Jacobo, que veía ya próximo el momento de su casamiento, había oído el chasquido en la calle de San Blas y se había apresurado á abrir la puerta de par en par. El postillón, que era conocido suyo, procuró y logró dar bien la vuelta y detenerse enfrente mismo de la escalinata, y ya comprenderéis que no se marchó sin que Jacobo le hubiese emborrachado. El abate salió al encuentro de su huésped, cuyo coche quedó descargado con la prontitud con que lo hubieran hecho unos salteadores, fué metido en la cochera, la puerta fué cerrada y á los pocos minutos ya no había siquiera huellas de la llegada del señor de Troisville. La solterona, cuyo corazón latía violentamente, permaneció heroicamente sentada en su poltrona en el rincón del fuego; Josefa abrió la puerta y el vizconde de Troisville, seguido del abate Sponde, se ofreció á las miradas de la solterona.

—Sobrina mía, aquí tienes al señor vizconde de Troisville, nieto de un compañero mío de colegio.—Señor de Troisville, esta es mi sobrina, la señorita Cormón.

—¡Ah! ¡qué bien plantea la cuestión mi tío!—pensó Rosa María Victoria.

Para pintarle en dos palabras, diremos que el vizconde de Troisville era un Bousquier noble y que existía entre ellos la misma diferencia que existe entre el género vulgar y el género noble, y si los dos hubieran estado presentes, ni el liberal más furibundo hubiera podido negar la aristocracia.

La fuerza del vizconde poseía toda la distinción de la elegancia, sus formas conservaban una dignidad magnífica, tenía ojos azules, cabellos negros y tez aceitunada, y no debía contar más allá de cuarenta y seis años. Le hubierais creído un guapo español conservado en los hielos de Rusia. Los modales, el paso, la actitud, todo anunciaba al diplomático que había visto la Europa, y su indumentaria era la propia del hombre distinguido que viaja. El señor de Troisville parecía estar cansado, y el cura le invitó á que pasase al cuarto que le estaba destinado y quedó mudo de asombro cuando su sobrina abrió la puerta del gabinete transformado en dormitorio. El abate Sponde y su sobrina dejaron entonces al noble extranjero ocuparse de sus cosas con ayuda de Jacobo, que le llevó todos los bultos que necesitaba, y fueron á pasearse á orillas del Brillante, esperando que el señor de Troisville hubiera acabado de arreglarse. Aunque por una extraña casualidad estuviese el abate Sponde más distraído que de ordinario, hemos de advertir que la señorita Cormón no estaba menos preocupada que él y que ambos caminaban en silencio. La solterona no había encontrado nunca un hombre tan seductor como el olímpico vizconde, y no pudiendo decirse á la alemana: «¡He aquí mi ideal!», se decía: «¡Este es mi negocio!» De pronto voló á la cocina para saber si la comida podía sufrir un retraso sin estropearse.

—Tío, ¡qué amable es el señor de Troisville!—dijo Rosa al volver al lado del anciano.

—Pero, hija mía, ¡si aun no ha dicho nada!—dijo el anciano sonriéndose.

—Bueno; pero se conoce por sus modales y su fisonomía. ¿Es soltero?

—No lo sé—respondió el abate, que pensaba entonces en una discusión que había tenido con Couturier acerca de la gracia.

—El señor de Troisville me ha escrito diciéndome que deseaba adquirir aquí una casa, y si fuese casado no hubiera venido solo—repuso el anciano con aire indiferente, sin soñar siquiera en que su sobrina pudiese pensar en casarse.

—¿Es rico?

—Es el segundón de un segundón—respondió el tío.—Su abuelo ha mandado escuadras; pero el padre de ese joven hizo un mal matrimonio.

—¡Ese joven!—repitió la solterona.—Pero tío, ¡si me



parece que tiene más de cuarenta y cinco años!—añadió Rosa llevada de un excesivo deseo de poner sus edades, al unísono.

—Sí—dijo el abate;—pero no olvides, Rosa, que para un pobre sacerdote de setenta años un cuadragenario es un joven.

En este momento, todo Alençon sabía que el señor vizconde de Troisville había llegado á casa de la señorita Cormón. El forastero no tardó en unirse á los dueños de la casa y se puso á contemplar y á admirar la vista del Brillante, el jardín y la casa.

—Señor cura—dijo al fin,—toda mi ambición consiste en encontrar una habitación semejante á ésta.

La solterona quiso ver una declaración en esta frase y bajó los ojos.

—Señorita, supongo que usted debe estar satisfecha aquí—añadió el vizconde.

—¿Cómo no he de estar satisfecha, si pertenece á nuestra familia desde 1314, época en que nuestro antepasado el intendente del duque de Alençon adquirió este terreno y la hizo construir?—dijo la señorita Cormón.—Tiene unos cimientos magníficos.

Estando en esto, Jacobo se presentó á decir que la comida estaba dispuesta. El señor de Troisville ofreció su brazo á la feliz Rosa, la cual procuró no apoyarse demasiado en él, temiendo que la tildase de ligera.

—Todo es aquí hermosísimo—dijo el vizconde al sentarse á la mesa.

—Nuestros árboles están llenos de pájaros que nos dan serenatas á poco precio, porque nadie les molesta, y el ruiseñor canta aquí todas las noches—dijo la señorita Cormón.

—No, yo me refiero al interior de la casa—advirtió el vizconde sin tomarse el trabajo de estudiar á la señorita Cormón y sin echar de ver, por lo tanto, la escasez de sus luces.—Sí, todo está aquí en relación: los tonos, el color, los muebles, la fisonomía.

—Sin embargo, crea usted que nos cuesta mucho, porque los impuestos son enormes—respondió la excelente mujer.

—¡Ah! ¿son caros aquí los impuestos?—preguntó el vizconde, preocupado por sus ideas y sin fijarse en la inoportunidad de la observación.

—Yo no lo sé—dijo el cura,—porque es mi sobrina la

encargada de la administración de nuestras dos fortunas.

—Los impuestos son una miseria para la gente rica—repuso la señorita Cormón deseando no parecer avara.—Respecto á los muebles, los dejaré como están y no haré cambio alguno en ellos, á no ser que me case, en cuyo caso será preciso que todo esté á gusto del amo.

—Veo, señorita, que sustenta usted grandes principios, y que haría feliz á un hombre—dijo el vizconde sonriéndose.

—¡Nunca me ha dicho nadie palabras tan agradables!—pensó para sus adentros la solterona.

El vizconde felicitó á la señorita Cormón por el servicio y el aspecto de la casa, confesando que creía á la provincia atrasada y que la encontraba *muy comfortable*.

—¡Dios mío! ¿qué querrá decir con esa palabra?—pensó ella.—¿Dónde está el caballero de Valois para responder por mí? ¿Comfortable? Yo creo que ese término encierra muchas palabras. ¡Vamos, valor!—se dijo.—Tal vez una palabra rusa, y yo no estoy obligada á conocerla.—Señor—repuso en voz alta, sintiendo su lengua desatada por esa elocuencia que encuentran todas las criaturas humanas en las circunstancias capitales.—Tenemos aquí una sociedad brillante. La villa se reúne precisamente en mi casa, y podrá usted juzgarla al momento, porque algunos de nuestros asiduos tal vez hayan sabido mi vuelta, y vendrán á verme. Tenemos al caballero de Valois, señor de la antigua corte y hombre de gran ingenio y gusto. Después al señor marqués de Esgrignon y á la señorita Armanda, su hermana... (se mordió la lengua y se contuvo). Una muchacha notable en su género—añadió—que ha querido permanecer soltera para dejar toda su fortuna á su hermana y á su sobrino.

—¡Ah!—dijo el vizconde—sí, los Esgrignon, ya me acuerdo.

—Alençon es muy alegre y tiene medios de diversión. El recaudador da bailes, el prefecto es hombre muy amable y monseñor el obispo nos honra á veces con su visita.

—Vamos—repuso el vizconde sonriéndose,—veo que he hecho bien en querer volver, como la liebre, á morir á la madriguera.

—Yo también soy como la liebre—dijo la solterona,—y allí donde me adhiero, muero.

El vizconde tomó el proverbio tergiversado así por una broma y sonrió.



—¡Ah!—se dijo la solterona—todo va bien, este me comprende.

La conversación se sostuvo versando sobre generalidades y por una de esas misteriosas potencias desconocidas é indefinibles, la señorita Cormón encontraba en su cerebro aquel modo de decir especial del caballero de Valois, resultando de aquello una especie de duelo en que el diablo parecía dirigir en persona el cañón de la pistola. Jamás adversario alguno fué mejor apuntado. El vizconde era hombre de demostrada buena sociedad para hablar de la excelencia de la comida pero su silencio era un elogio. Bebiendo los deliciosos vinos que le servía profusamente Jacobo, el recién llegado parecía reconocer á antiguos amigos y experimentar con ello un verdadero placer, pues el verdadero aficionado no aplaude, sino que goza. El vizconde se informó curiosamente del precio de los terrenos y de las casas; hizo que la señorita Cormón describiese detalladamente el punto de confluencia del Brillante y del Sarto y se asombró de que la villa estuviera colocada tan lejos de la orilla, pareciendo muy preocupado de la situación topográfica del país. El silencioso abate dejó que su sobrina le diese conversación. A decir verdad, la señorita creyó interesar al señor de Troisville, el cual le sonreía con gracia, y ganó más terreno durante aquella comida que hubieran ganado en quince días muchos de sus más avaros pretendientes. Ya comprenderéis que jamás convidado alguno se vió más cuidado ni más atendido, tanto, que el que hubiera presenciado la escena, lo hubiese tomado más que por un extraño, por un amante querido después de una larga ausencia. La señorita preveía el momento en que el vizconde necesitaba pan, le acariciaba con sus miradas cuando volvía la cabeza, le servía de nuevo de aquellos platos que más parecían agradaarle. En fin, que si hubiese sido goloso, le hubiese hecho reventar. Pero no os parezcáis todo esto una deliciosa muestra de lo que ella pensaba hacer en amor? Rosa no cometió la tontería de menospreciarlo; desplegó valerosamente todas sus velas, se presentó como reina de Alençon y alabó las golosinas hechas por ella. Por último, procuró pescar cumplidos hablando de sí propia, notó que agradaba al vizconde, pues sus deseos la habían transformado de tal modo, que casi se había convertido en mujer. A los postres oyó con verdadera satisfacción las ideas y venidas en la antesala y las voces del salón, que anunciaban

que sus asiduos estaban ya allí, é hizo notar á su tío y al señor de Troisville la circunstancia de ser muy temprano como una prueba del afecto que la tenían, cuando en realidad todo aquello era ocasionado por la lancinante curiosidad que devoraba á toda la villa. Impaciente por dar á conocer su triunfo, la señorita Cormón dijo á Jacobo que tomarían el café en el salón, adonde el criado fué á instalar las magnificencias de una bandeja de Sajonia que no salía del armario más que dos veces al año. Todas estas circunstancias fueron observadas por la reunión, que se disponía á glosarlas á media voz.

—¡Diantre!—dijo Bousquier—nada menos que los licores de la señora Amphoux, que no se sirven más que en las cuatro fiestas del año en que repican campanas.

—No hay duda que debe ser un matrimonio arreglado por correspondencia hace ya un año—dijo el presidente Ronceret,—porque hace ya un año que el director de correos recibe cartas timbradas de Odessa.

La señora Gransón tembló. El caballero de Valois, aunque había comido como cuatro, sintió que iba á descubrir su secreto, y dijo:

—¿No encuentran ustedes que hace frío esta noche? ¡Yo estoy helado!

—Eso es debido á la proximidad de Rusia—dijo Bousquier.

El caballero le miró de una manera que quería decir:

—¡No está mal, no está mal eso!

La señorita Cormón compareció tan radiante y triunfante, que llegó á parecer hermosa. Este brillo extraordinario no era debido solamente al sentimiento, sino que toda la masa de su sangre gritaba en ella desde por la mañana, y sus nervios estaban agitados por el presentimiento de una gran crisis; eran necesarias todas estas circunstancias para que ella pudiera tomarse la libertad de parecerse tan poco á sí misma. Con qué dicha no hizo ella las solemnes presentaciones del vizconde al caballero, del caballero al vizconde, de todo Alençon al señor de Troisville, y del señor de Troisville á los de Alençon! Por una casualidad bastante explicable, aquellas naturalezas aristocráticas se colocaron al instante al mismo nivel, se reconocieron y se miraron ambos como hombres de la misma esfera y se pusieron á hablar de pie delante de la chimenea. Casi al instante se formó un círculo delante



de ellos, y su conversación, aunque hecha *sotto voce*, fué escuchada con religioso silencio. Para comprender bien el efecto de esta escena, hay que imaginarse á la señorita Cormón de espaldas á la chimenea, ocupada en arreglar el cabello de su pretendido pretendiente.

EL SEÑOR DE VALOIS

¿De modo que, según se dice, el señor vizconde viene á establecerse aquí?

EL SEÑOR DE TROISVILLE

Sí, señor, vengo á buscar casa... *(la señorita Cormón vuelve con la taza en la mano)*, y la necesito grande para albergar... *(la señorita Cormón tiende la taza)* á mi familia. *(Los ojos de la solterona se turban.)*

EL SEÑOR DE VALOIS

¿Es usted casado?

EL SEÑOR DE TROISVILLE

Hace diez y seis años, con la hija de la princesa Scherbelloff.

La señorita Cormón cayó como herida por un rayo. Bousquier, que la vió vacilar, se adelantó hacia ella, la recibió en sus brazos y le abrieron la puerta, á fin de que pudiese salir sin obstáculo con tan enorme fardo. El fogoso republicano, aconsejado por Josefa, sacó fuerzas para llevar á la solterona á su cuarto y depositarla en la cama. Josefa, armada de tijeras, cortó las cuerdas del corsé excesivamente apretado, y Bousquier echó brutalmente unas cuantas gotas de agua á la cara de la señorita Cormón y á los pechos, que se desbordaron como una inundación del Loire. La enferma abrió los ojos, vió á Bousquier y, al reconocerle, el pálido le hizo lanzar un grito. Bousquier se retiró, dejando entre sí á seis mujeres á cuya cabeza iba la señora Gransón radiante de alegría. ¿Qué hacía entretanto el caballero de Valois? Fiel á su sistema, defendía la retirada.

—Esa pobre señorita Cormón—dijo el noble al señor de Troisville mirando á los concurrentes, cuya risa fué repugnante por sus miradas aristocráticas—se ve horriblemente atormentada por la sangre; no ha querido hacerse sangrar

antes de venir de Prebaudet, y he ahí los efectos de la vuelta de la sangre en la primavera.

—Además, como ha venido lloviendo, habrá cogido un poco de frío, y eso habrá contribuido también al accidente—dijo el abate Sponde.—Pero no será nada.

—¡Oh! ya me decía ella antes de ayer, que hacía tres meses que no tenía nada y que temía un brusco ataque—repuso el caballero.

—¡Ah! ¿conque eres casado?—se dijo Jacobo mirando al señor de Troisville mientras éste bebía el café á sorbos.

El fiel criado adivinó el desengaño de su ama, se unió á él y se llevó los licores de la señora Amphoux, ofrecidos al solterón y no al marido de una rusa. Todos estos pequeños detalles fueron observados y se prestaron á la risa. El abate Sponde sabía el motivo del viaje del señor de Troisville, pero por efecto de su distracción no había dicho nada, porque no había sospechado siquiera que su sobrina pudiese tener el menor interés por el señor de Troisville. Respecto al vizconde, preocupado con el objeto de su viaje y poco deseoso, como muchos maridos, de hablar de su mujer, no había tenido ocasión de decir que era casado, sin contar, por otra parte, con que creía que la señorita Cormón lo sabía. Bousquier se presentó, siendo objeto de mil preguntas. Al poco rato bajó también una de las seis mujeres, anunciando que la señorita Cormón estaba mucho mejor y que su médico la había visitado, recomendándole que guardase cama y creyendo urgente el sangrarla. El salón quedó muy pronto lleno, y la ausencia de la señorita Cormón permitió á las damas ocuparse de la escena trágico-cómica extendida, aumentada, embellecida, historizada, bordada, festoneada, coloreada y hermozeada, que acababa de tener lugar y que había de ser causa de que todo Alençon se ocupase al día siguiente de la señorita Cormón.

—¡Cómo la llevaba á usted ese señor Bousquier! ¡Qué puños!—dijo Josefa á su ama.—La verdad es que estaba pálido del susto y que se conoce que la quiere á usted aun.

Esta frase sirvió de final á aquel terrible y solemne día.

Al día siguiente, durante toda la mañana, las menores circunstancias de esta escena corrían de boca en boca por todo Alençon, y, digámoslo para vergüenza de la villa, eran motivo universal de risa. Sin embargo la señorita Cormón, que había mejorado mucho con la sangría, hubiese parecido



sublime á los más intrépidos burlones si hubieran sido testigos de la noble dignidad y de la magnífica resignación cristiana que la animaba cuando dió el brazo á su chasqueador involuntario para ir á almorzar. Crueles bromistas, ¿por qué no la visteis diciéndole al vizconde: «La señora de Troisville encontrará difícilmente aquí una casa que le convenga. Así es que hágame usted el favor, señor, de aceptar la mía, mientras que usted no se construya una en la villa»?

—Pero, señorita, yo tengo dos hijos y dos hijas, y la molestaríamos á usted demasiado.

—No se niegue usted—le dijo con una mirada llena de cariño.

—Ya se lo ofrecía yo á usted en mi última carta; pero supongo que no la habrá recibido.

—Pero cómo, tío: ¿sabía usted...?

La pobre Rosa se detuvo, y Josefa lanzó un suspiro. Ni el vizconde de Troisville ni su tío se apercibieron de nada. Después de almorzar, el abate Sponde acompañó al vizconde, como habían convenido la víspera, para enseñarle en ALENÇON las casas que podría adquirir ó los solares convenientes para edificar.

Al quedar sola en el salón, la señorita Cormón dijo á Josefa con aire lastimero:

—Hija mía, á estas horas estoy siendo la burla de toda la villa.

—Pues bien, señorita, cátese usted.

—Pero, hija mía, no estoy en condiciones de elegir.

—¡Bah! si yo estuviese en su lugar, aceptaría al señor Bousquier.

—Josefa, el señor de Valois afirma que es tan republicano ese Bousquier...

—Esos señores no saben lo que decir: también dicen que robaba á la república; de modo que no la querría tanto como dicen—dijo Josefa al marcharse.

—Esta muchacha tiene un talento asombroso—pensó la señorita Cormón reflexionando.

Rosa entreveía que un matrimonio inmediato era el único medio de imponer silencio á la villa, y este último jaque, vergonzoso evidentemente, era de índole capaz de hacerle tomar una determinación extrema, pues las personas desprovistas de talento salen difícilmente de los senderos

buenos ó malos en que han penetrado. Los dos solterones habían comprendido la situación en que iba á estar la solterona; así es que ambos se habían prometido ir por la mañana á saber noticias suyas. El señor de Valois juzgó que las circunstancias exigían un tocado minucioso, y, al efecto, tomó un baño, se vistió elegantemente y por primera y última vez Cesarina le vió ponerse con increíble maña un poco de colorete. Por su parte, Bousquier, aquel grosero republicano, sin pararse en barras, no hizo caso alguno de su persona y fué el primero en acudir. Estas pequenezes deciden lo mismo de la fortuna de los hombres que de la de los imperios. La carga de Kellermann en Marengo, la llegada de Blücher á Waterloo, el desprecio de Luis XIV por el príncipe Eugenio, el cura de Denain, todas estas grandes causas de fortuna ó de estas catástrofes, las registra la historia, pero nadie se aprovecha de ellas para no olvidar nada en los hechos pequeños de la vida. Así, veréis que ocurre que la duquesa de Langeais (véase *La Historia de los trece*), se hace religiosa por no tener diez minutos de paciencia; el juez Popinot (véase *La Interdicción*), deja para el día siguiente el ir á interrogar al marqués de Esparp, y Carlos Grondet va á París por Burdeos en lugar de ir por Nantes. ¡Y se llaman casualidades y fatalidades á estos acontecimientos! El tiempo perdido en ponerse un poco de colorete mató las esperanzas del caballero de Valois, si bien es verdad que este hidalgo no podía morir de otro modo, pues había vivido para la presunción y debía morir á sus manos. Mientras el caballero daba una última mirada á su tocado, el grueso Bousquier entraba en el salón de la desolada soltera. Esta entrada se combinó con un pensamiento favorable al republicano, al través de una deliberación en que el caballero tenía toda la ventaja.

—¡Dios lo quiere!—dijo la solterona al ver á Bousquier.

—Señorita, no tome usted á mal mi afán de tener noticias suyas; no he querido fiarme de ese animal de Renato y he venido en persona.

—Estoy perfectamente bien—respondió ella con voz conmovida.

Y después de una pausa, añadió:

—Le doy á usted las gracias, señor Bousquier, por la molestia que usted se toma, y, sobre todo, por la que le ocasioné ayer.



Rosa se acordaba de haber estado en brazos de Bousquier, y esta casualidad, sobre todo, le parecía una orden del cielo: por la primera vez en su vida había sido vista por un hombre con el seno descubierto.

—La llevaba á usted de tan buena gana, que no la encontré pesada.

Al oír esto, la señorita Cormón miró á Bousquier como no había mirado á ningún hombre en el mundo; y animado con esto el proveedor dirigió á la solterona una mirada que le llegó al corazón, al mismo tiempo que añadía:

—¡Es lástima que aquello no me haya dado derecho á conservarla para siempre entre mis brazos! (Ella escuchó con aire enajenado.) ¡Desmayada, allí, en aquella cama, estaba usted encantadora!... No he visto en mi vida mujer más hermosa, y cuente que he visto muchas mujeres... Ahí está la ventaja de las mujeres gruesas; su vista es soberbia, no tienen más que mostrarse para triunfar.

—Quiere usted burlarse de mí, y eso no está bien, cuando toda la villa interpreta tal vez mal lo que me ocurrió ayer.

—¡Tan cierto como me llamo Bousquier, señorita! Nunca he cambiado de sentimientos respecto á usted, y su primera negativa no me ha desaminado.

La solterona mantuvo los ojos bajos y guardó un momento de silencio para Bousquier. Pero la señorita Cormón se decidió, levantó los párpados, unas cuantas lágrimas rodaron por sus ojos, miró tiernamente á Bousquier y le dijo con temblorosa voz:

—Si eso es cierto, señor, prométame usted únicamente vivir como cristiano, no contrariar nunca mis hábitos religiosos y dejarme en libertad de escoger mis confesores, y le concedo á usted mi mano—dijo tendiéndosela.

Bousquier se apresuró á coger aquella gorda mano llena de escudos y se la besó santamente.

—Pero—advirtió ella dejándole besar la mano—pido aún una cosa.

—Concedida, y si es posible se hará.

—¡Ay de mí!—repuso la solterona—por el amor mío, tiene usted que encargarse de un pecado que ya sé que es enorme, pues la mentira es uno de los siete pecados capitales; pero ya la confesará usted ¿verdad? y haremos los dos penitencia... (Se miraron cariñosamente.) Además, que acaso

entra en el género de mentiras que la Iglesia llama oficiosas.

—¿Estará acaso como Susana?—se decía Bousquier.—¡Qué dicha!—¿Qué es ello, señorita?—dijo seguidamente en voz alta.

—Es preciso que usted diga como cosa suya...

—¿Qué?

—Que este matrimonio estaba convenido entre los dos hace ya seis meses.

—Encantadora mujer—dijo el proveedor con el acento propio del hombre que se sacrifica,—semejantes sacrificios sólo se hacen por una criatura adorada durante diez años.

—¿No obstante mis rigores?—le preguntó ella.

—Sí, no obstante sus rigores.

—Señor Bousquier, le había juzgado á usted mal—dijo Rosa tendiéndole de nuevo su encarnada mano, que Bousquier volvió á besar.

En este momento se abrió la puerta; los dos desposados miraron quién entraba y vieron al delicioso pero tardío caballero de Valois.

—¡Ah!—dijo al entrar—¿ya está usted en pie, hermosa reina?

Rosa sonrió al caballero y sintió una gran opresión en el corazón. El señor de Valois, notablemente joven y seductor, tenía el aire de Lauzun al entrar en el palacio real en la habitación de la señorita.

—Querido Bousquier—dijo el hidalgo con tono burlón y como hombre seguro de su éxito,—¿si viera usted cómo examinan su casa el abate Sponde y el señor de Troisville!

—Pues á fe que si el vizconde de Troisville la quiere, se la doy por cuarenta mil francos, porque dentro de poco me va á ser inútil. Si la señorita me lo permite... Es preciso que esto se sepa... Señorita ¿puedo decirlo?

—Sí.

—Pues bien, *mi querido caballero*, sea usted el primero á quien yo (la señorita Cormón bajó los ojos) tenga el honor de comunicar el favor que me hace la señorita, favor cuyo secreto guardo hace algunos meses. Nos casamos dentro de unos días, y mañana firmaremos el contrato, que está ya redactado. Así, creo ya comprenderéis que ahora mi casa me va á ser inútil. Yo buscaba compradores bajo mano, y el abate Sponde, *que lo sabía*, ha llevado al señor de Troisville á verla.